

la asepsia, la política, la apasionada política, siempre estará presente. Como lo está en mis comentarios.

GUSTAVO IRUEGAS

Víctor L. Urquidi, *Otro siglo perdido; las políticas de desarrollo en América Latina (1930-2005)*, México, El Colegio de México / Fondo de Cultura Económica, 2005, 568 pp.

Este libro de Víctor Urquidi es un libro póstumo y, por ello, tiene un doble valor. Escrito a la antigua usanza cepalina (de la CEPAL), tiene un enfoque regional: la América Latina en su conjunto. El propio autor nos dice que originalmente lo escribió en inglés, a fin de someterlo a la consideración de editores estadounidenses, pero que éstos no se interesaron por él, por tratarse de un análisis general de una región (p. 20). El autor también nos dice en el prólogo que el análisis regionalista ha caído en desuso y que la región latinoamericana, “hoy fraccionada y con grandes asimetrías internas, no puede [...] tratarse como un gran conjunto, sino en forma de análisis subregionales y con atención a las características especiales de determinados países” (p. 23).

El título del libro, *Otro siglo perdido*, encierra su tesis principal: América Latina después de dos siglos de vida independiente no ha logrado salir del subdesarrollo. La Argentina de los años veinte y treinta, en mi opinión, podría ser la excepción, pues llegó a alcanzar altos niveles de desarrollo atendiendo a indicadores tales como ingreso *per capita*, alimentación, salud y educación. Pero su economía tenía una base agraria de exportación concentrada en solo tres productos, carne, trigo y lana, que, aunque de primera necesidad, la hacían muy endeble frente a los cambios internacionales, como ocurrió con la Segunda Guerra Mundial.

Sin embargo, según Urquidi hubo un periodo de excepción en el largo siglo de oscurantismo económico: “la edad de oro del desarrollo” o sea la industrialización acelerada del periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial. Aquí resalta con fuerza la influencia cepalina en el pensamiento del autor (o a la inversa, pues él influyó también en la CEPAL). Éste fue el periodo en que se puso en práctica la tesis de la CEPAL de fomentar la industrialización a base de políticas de sustitución de importaciones. Éste es también el periodo “de oro” en el que coincidieron grandes pensadores latinoamericanos, en materia económica y social, de los que fue colega Urquidi. Entre éstos se cuentan Raúl Prebisch, Celso Furtado, Osvaldo Sunkel, Aldo Ferrer, Aníbal Pinto y Fernando Enrique Cardoso, para men-

cionar a unos cuantos solamente, de los que contribuyeron a desarrollar un pensamiento propio de la región en estos campos. Pensamiento propio y no ajeno, como el del Consenso de Washington que Urquidi despreciaba.

Este es el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial, cuando se crea la Organización de las Naciones Unidas, organismo internacional encargado, por mandato de sus miembros, de velar por la paz y el desarrollo en el mundo. La nueva organización internacional decide crear suborganismos que sirvan de palanca para el desarrollo económico y social de las distintas regiones del mundo. Para América Latina se crea la CEPAL, Comisión Económica para América Latina, y empieza a surgir así un pensamiento propio latinoamericano en materia de desarrollo económico y social, pensamiento que con el tiempo se va a convertir en una mística. Era natural: la creación de las Naciones Unidas, después de una guerra cruel, había despertado esperanzas para la creación de un mundo mejor. Nuestro autor perteneció a este movimiento.

La CEPAL tuvo su sede en Santiago de Chile, pero junto con ella fue creado su brazo financiero con sede en Washington, el Banco Interamericano de Desarrollo (BID). Otras instituciones auxiliares fueron surgiendo, como el Instituto Latinoamericano de Planeación Económica y Social (ILPES) y la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), y se conformó así una constelación de organismos especializados en los problemas económicos y sociales de la región. Urquidi mismo fue director de estudios de la oficina regional de la CEPAL en México, entre 1953 y 1958. Fue el esplendor del pensamiento regional latinoamericano.

¿Pero cuáles son las razones o políticas equivocadas que explican el hecho de que el XX haya sido otro siglo perdido? Desde luego son varias. Urquidi destaca las siguientes: el peso excesivo de la deuda externa y la debilidad de los sistemas tributarios, en primer lugar. Además, las políticas de ajuste; el rápido crecimiento demográfico; el sesgo inflacionario; la fijación del tipo de cambio; la relación desfavorable de los precios de intercambio; los desequilibrios externos y fiscales; la falta de innovación tecnológica; la falta de apoyo a la pequeña y mediana empresas; y los problemas estructurales no resueltos, como los de la agricultura y el transporte.

Sin embargo, el énfasis del libro está puesto en el endeudamiento externo excesivo. Al respecto el autor nos dice que para 1971 el creciente déficit comercial de los Estados Unidos había generado gigantescas sumas de dinero, los llamados eurodólares, que estaban en manos de los países desarrollados. A esto se sumó el hecho de que a partir de 1973 se generaron enormes excedentes de divisas en los países petroleros —los llamados petrodólares— que al reciclarse fueron a incrementar el volumen financiero en el mundo (p. 33). Se produjo entonces una gran liquidez internacional y los

gobiernos latinoamericanos sucumbieron a la tentación del crédito fácil y barato. Pero la resaca vino poco después, cuando los precios del petróleo se derrumbaron y el crédito internacional se encareció. Peor aún: para paliar esta situación, los gobiernos latinoamericanos recurrieron a préstamos de corto vencimiento, agudizando así sus problemas en el futuro cercano y cayendo en un círculo vicioso: endeudarse para pagar deuda.

El autor dice: “En 1982 se inició mi pérdida de optimismo acerca del desarrollo latinoamericano, sobre todo por las consecuencias del brutal endeudamiento externo ocurrido entre el corto periodo de 1973 a esa fecha” (p. 22).

Urquidí tenía razón en su pesimismo iniciado en 1982, pues los gobiernos latinoamericanos no aprendieron la lección de los años setenta y el endeudamiento continuó durante el decenio siguiente. Para 1990, la deuda total de la región alcanzó la cantidad de 444000 millones de dólares. En países como México, por ejemplo, los intereses de la deuda representaron 25% de las exportaciones de bienes y servicios, y el pago del servicio de la deuda, 44%. El autor se pregunta entonces: ¿cuál fue la estrategia de las autoridades hacendarías de la región? (p. 35).

Para mayor desgracia, las condiciones económicas prevalecientes ahuyentaron la inversión extranjera directa. Por otra parte, los organismos financieros internacionales atravesaron en esa época por una falta de liquidez y los bancos comerciales temerosos de la situación se rehusaban a extender nuevos créditos. Además, los gobiernos de los países prestamistas no contaban ya con el apoyo de sus legislativos para continuar con el nivel de flujos de capital anterior y éstos se redujeron. Sobrevino entonces el estancamiento. Sin embargo, la iniciativa Brady impulsada por los Estados Unidos, con base en importantes negociaciones, vino finalmente a romper este *impasse* (p. 44).

A todo esto se agregaba la deuda histórica que venía arrastrándose desde el siglo XIX y que, si bien su peso relativo resultaba insignificante al lado de los nuevos empréstitos, su existencia quedaba ahí como prueba de que el vicio de endeudarse había acompañado a estos países desde su nacimiento mismo.

La ausencia de un sistema tributario ágil, moderno y equitativo ha sido otro gran obstáculo para el desarrollo de América Latina. En general los sistemas tributarios dependían de una base impositiva estrecha, o sea, un número cuantioso de contribuyentes potenciales se hallaban fuera de ellos y los ingresos gravables que se declaraban se encontraban muy por debajo de su nivel real. Además, muchos gobiernos dependían fuertemente de los impuestos a las importaciones y a las exportaciones. También se valían de impuestos a las transacciones cambiarias (p. 252).

Fue apenas en los años ochenta cuando empezó a introducirse el impuesto al valor agregado (IVA) que reduce la piramidación de impuestos al comercio pero que ha sido incomprendido y con frecuencia ineficientemente aplicado (p. 252). Sin embargo, la carga impositiva global en la mayoría de los países latinoamericanos permaneció baja, oscilando de un nivel alto de 20.1% del PIB en Brasil a un nivel bajo de 7.1% en México (p. 251).

Para complicar aún más las cosas, conforme los gobiernos fueron controlando una participación mayor en lo que se refiere a la provisión de servicios públicos y a la regulación de los precios de los alimentos, la tendencia a subsidiar vendría a difundirse con celeridad (p. 253). Esta política de subsidios provocó inflación y condujo a aumentar los déficit fiscales, y constituyó una nueva y poderosa razón para seguir endeudándose (p. 255).

Sin embargo no todos los problemas son atribuibles a las políticas fiscales y de endeudamiento. La famosa política de industrialización basada en la sustitución de importaciones también creó distorsiones. Por ejemplo, si los abonos químicos, los plaguicidas, los tractores y las herramientas producidos bajo esta estrategia resultaban más caros que los productos importados, ¿cómo podría beneficiarse el agricultor? Si se deseaba crear un mercado interno grande, en parte elevando los ingresos entre los habitantes rurales, ¿cómo podría beneficiarse al agricultor que necesitaba bienes de consumo que le eran vendidos a precios más caros que los bienes importados equivalentes? (p. 206).

En los dos últimos capítulos del libro Urquidi toca dos temas que fueron preocupaciones muy especiales para él: la población y el desarrollo sustentable. Urquidi prestó particular atención al estudio de la población. En 1964, siendo director de investigación del recién fundado Centro de Estudios Económicos y Demográficos, creó una revista a la que decidió llamar *Demografía y Economía*, anteponiendo la palabra demografía a la de economía, a fin de significar el énfasis puesto en los estudios de dicho centro. Y en este campo sí logró Urquidi influir en las políticas del gobierno mexicano, al contrario de años atrás, cuando fue uno de los impulsores de una reforma fiscal de carácter progresivo (quien más gana más paga y a la inversa), que finalmente no fue aceptada. En cambio, siendo presidente de la república Luis Echeverría, el gobierno mexicano decidió adoptar un programa de planeación familiar que a mediano plazo logró reducir sensiblemente la tasa de crecimiento que había llegado en esos años a 3.5 por ciento.

El rápido crecimiento demográfico experimentado por América Latina en su conjunto durante el siglo pasado, especialmente en los años sesenta y setenta, es una de las causas que explica la pobreza de la región. Baste decir que la población de la región aumentó de 158 millones de personas en 1950 a 476 millones en 1995 (p. 500).

En el último capítulo el autor aborda el tema del desarrollo sustentable, asunto que le preocupó y lo ocupó profesionalmente en los últimos años de su vida. Urquidí nos dice que en los países de la región latinoamericana empezó tarde la concientización colectiva acerca de los problemas ambientales. Antes de 1960 no estaban presentes sino en pequeña medida los factores antropogénicos de deterioro del medio ambiente. Sin embargo, hoy no puede aplazarse ya la atención intensa a estos problemas (p. 519). En los últimos cinco decenios, el deterioro ambiental se ha presentado como problema social y económico agudo, que afecta la salud y pone en riesgo pronunciado la supervivencia de la propia especie humana y de otras especies (pp. 519-520).

El libro de Urquidí es un gran libro. Sin embargo no es de lectura fácil, a pesar de su prosa sencilla y cuidada. Es un libro para iniciados. Son 525 páginas de denso análisis económico con matices y bifurcaciones y, además, con muchos números.

Pero, por otra parte, el libro, como el propio autor dice, no es “para economistas de altos vuelos que se interesan sólo en las etapas de posgrado, con grandes refinamientos técnicos de análisis. Tampoco es una historia económica, sino un análisis de las políticas de desarrollo. Es un libro que puede ilustrar al estudiante, a la sociedad civil, al sector empresarial y al mismo sector político y de gobierno, así como a la opinión pública” (pp. 20 y 21).

El libro tiene un valor adicional para quienes fuimos estudiantes universitarios de ciencias sociales durante los años cincuenta y sesenta: un sabor a melancolía. Es la herencia que nos deja el último de la vieja guardia cepalina.

MARIO OJEDA GÓMEZ

Emilio Zebadúa, *Manual del “fair play”. Guía ética para la política*, México, Fondo de Cultura Económica (“Colección Popular”, núm. 659), 2005, 95 pp.

En los diferentes puestos que ha ocupado Emilio Zebadúa (consejero electoral del IFE, secretario de Gobierno de Chiapas y diputado federal), cada una de sus decisiones y acciones han estado precedidas por un diagnóstico o seguidas de una reflexión. Todo ello sin desligarse de una concepción teórica que es fruto tanto de la academia como de la lectura sistemática de textos de ciencias sociales, y, en el caso de la reflexión, enmarcada ésta en el contexto más amplio de la política, el derecho, la economía y la historia de México.